



"NO SOMOS NADA"

YA lo sabíamos. Pero en el fondo de nuestras individuales conciencias albergábamos la esperanza de que esa «nada» contuviese por lo menos unas motitas del polvo que las señoras recogen cada mañana con sus aspiradoras eléctricas, lo que nos había enseñado la filología de la humildad y del tránsito acelerado por esta vida nunca había llegado a aniquilarnos de modo tan helador como la larga perorata de Garaicoechea, con que tuvo a bien obsequiarnos nuestra sorprendente televisión en un asunto que, según el «perorante», no nos iba ni nos venía a los treinta millones de españoles que no somos vascos. Porque durante aquellos inacabables minutos, Garaicoechea no se dio por enterado de que se encontraba en nuestras casas hablándonos de un asunto que de algún modo nos rozaba. Su homólogo, el señor Tarradellas, tuvo, por lo menos, una cortesía: mencionó al presidente Suárez y al Rey Don Juan Carlos, para agradecerles lo que habían ayudado alcanzar el Estatuto, umbral de trabajos mayores que han de venir ahora. Para Garaicoechea los españoles no existíamos. Ni España existía tampoco ni había existido jamás. Entonces los españoles, que nos veíamos transformados en vagos espectros que no pertenecían al mundo de los fenómenos, alcanzamos ese estado casi místico en que la Historia y la geografía se diluían como una creación de L. S. D.

Ser un espectro y ser al mismo tiempo espectador de ese espectro resulta notablemente desagradable. Pero es que la televisión quiso, indudablemente, convencernos de que el Estatuto Vasco y cuanto se derive de él es cosa exclusivamente vasca, asunto doméstico, tesis oficial en aquellas provincias que establece por sí misma la existencia previa del Estado independiente que piden los terroristas, y respecto al cual ni usted ni yo tenemos nada que opinar. Yo creo que con las palabras que el señor Tarradellas dedicó al Monarca y al presidente y con las que pidió un puesto en el Gobierno madrileño había como un reconocimiento de que existíamos usted y yo representados por el Rey, el jefe del Gobierno y ese mismo Gobierno fruto, sin duda, de una España que mala o buena también era la del propio presidente de la Generalidad.

Pero, la expulsión de los treinta millones de españoles del pensamiento de Garaicoechea a la hora de recordar a sus nacionalistas las ventajas y las limitaciones (provisionales) del dicho Estatuto hizo alucinante nuestra calidad de espectadores.

Televisión nos debe, pues, una explicación del allanamiento de morada inesperado y absurdo que nos condujo rápidamente a la conclusión: «No somos nada... Absolutamente nada.» Porque ni siquiera tenemos morada que allanar.—Adolfo PREGO.